

Borja García Ferrer

Pandemia y cansancio en la sociedad neoliberal del rendimiento

RESUMEN: Según mi hipótesis de partida, la pandemia puede ser entendida como una «piedra de toque» del neoliberalismo, en la medida en que no solo agota a los contagiados, sino que también hace lo propio con toda la población en su conjunto. El cometido del presente trabajo es probar el alcance de esta hipótesis en el horizonte de la «sociedad del rendimiento», con el objeto de poner de manifiesto sus efectos depresógenos en el «mundo de la vida». Ahora bien, a pesar del influjo ejercido por el teletrabajo a este respecto, el imperativo del rendimiento alcanza su eco funesto en el «mundo de la vida», trascendiendo la esfera laboral propiamente dicha.

PALABRAS CLAVE: Pandemia; Neoliberalismo; Rendimiento; Agotamiento; Depresión.

Pandemic and fatigue in the neoliberal performance society

ABSTRACT: According to my starting hypothesis, the pandemic can be understood as a «touchstone» of neoliberalism, insofar as it not only exhausts the infected, but also does the same with the entire population as a whole. The purpose of this work is to test the scope of this hypothesis on the horizon of the «performance society», in order to reveal its depresogenic effects in the «life world». However, despite the influence exerted by teleworking in this regard, the imperative of performance reaches its dire echo in the «life world», transcending the sphere of work itself.

KEYWORDS: Pandemic; Neoliberalism; Performance; Burnout; Depression.

La pandemia de covid-19 ha tenido (y está teniendo) implicaciones nefastas para la salud física de las personas contagiadas, ocasionando innumerables pérdidas de vidas humanas, pero también posee indecibles consecuencias en nuestra salud mental. Según la OMS, una de cada cinco personas que han pasado la enfermedad se ha enfrentado por vez primera a un diagnóstico de ansiedad o depresión. Para más escarnio, los pensamientos suicidas han

► **Borja García Ferrer**, Departamento de Filosofía y Sociedad, Universidad Complutense de Madrid, España.
Autor de correspondencia:  borja_co@hotmail.com —  <http://orcid.org/0000-0001-6585-4857>.

aumentado entre un 8% y un 10%, sobre todo en personas adultas jóvenes (donde la cifra llega a un 12,5% y un 14%). En Europa, varias encuestas reflejan que un tercio de las personas presentan niveles de angustia; entre la población más joven, el porcentaje asciende hasta el 50%. Según el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), un 6,4% de la población española ha acudido a profesionales de la salud mental por algún tipo de síntoma durante la pandemia, entre los cuales destacan la ansiedad (43,7%) y la depresión (35,5%) (cf. Confederación Salud Mental España 2021).

En este contexto, mi hipótesis de trabajo es que la pandemia puede ser entendida como una «piedra de toque» de la sociedad neoliberal contemporánea, en el sentido que Foucault confiere a esta expresión en el Curso del Collège de France titulado «El gobierno de sí y de los otros» (cf. 2011).¹ Si las «piedras de toque» sirven, como es sabido, para conocer la pureza y el tipo de material del que se compone un metal determinado, Foucault advierte que también funcionan para averiguar, análogamente, si la apariencia de una cosa se corresponde con lo que esa cosa, efectivamente, es. Desde este punto de vista, la pandemia no anuncia una novedad radical, sino que más bien permite reconocer algunos de los males más acuciantes de nuestro tiempo. Ahora bien, la pandemia no constituye meramente un espejo del neoliberalismo; además, amplifica y profundiza en sus diversas crisis, agudizando ostensiblemente los síntomas de las mismas patologías que padecíamos mucho antes de la irrupción de la pandemia.

Para defender esta hipótesis, me remito como punto de partida a uno de los libros más conocidos de Byung-Chul Han (cf. 2012), donde el filósofo coreano designa la fatiga como la patología más emblemática de la sociedad neoliberal del rendimiento. Una fatiga que adquiere, en los casos más extremos, el rango de «neurastenia», concebida como un trastorno neurótico que se caracteriza por una gran sensación de cansancio y debilidad, además de miedo y tristeza, tras realizar cualquier clase de esfuerzo mental o físico.

En la medida en que los contagiados sufren agotamiento extremo (hasta el punto de impedirles rendir y trabajar, incluso una vez sanados),² es evidente

¹ No puedo dejar de reconocer mi deuda al respecto de esta idea con el profesor Rodrigo Castro (cf. 2020).

² Desde julio del 2021, las afecciones posteriores al COVID-19, también conocidas como «COVID-

que la pandemia reafirma ostensiblemente la visión de Han sobre la relación existente entre neoliberalismo y fatiga. Ahora bien, el virus no agota únicamente a los contagiados; indirectamente, también hace lo propio con todos aquellos que se consideran «sanos». Y es que, a pesar de la inactividad que la pandemia supone, lo cierto es que nos sentimos más agotados que nunca. Más que la ociosidad, es el cansancio lo que impera en tiempos pandémicos. Un cansancio fundamental, que no deja de acompañarnos a todas horas y en todas partes.

Desde nuestro punto de vista, no es posible explicar el extraordinario incremento del sufrimiento psíquico durante los últimos tiempos en términos exclusivamente médicos o clínicos, se hace necesario atender para ello al contexto histórico y las transformaciones que tienen lugar en el seno de la sociedad. Como es sabido, la pandemia de covid-19 trae consigo, entre sus múltiples e impredecibles consecuencias, un cambio masivo hacia el trabajo a distancia o «teletrabajo»; una transformación inaudita en la esfera laboral que, lejos de albergar formas de trabajo autodeterminadas, cumpliendo de ese modo el viejo anhelo del 68, no hace más que camuflar el control dirigido de la disciplina de fábrica bajo liturgias administrativas diversas, propagando un sueño mágico y sutil de libertad. En su libro titulado *La corrosión del carácter*, el sociólogo estadounidense Richard Sennett no puede mostrarse más elocuente al respecto:

Los trabajadores cambian una forma de sumisión al poder (cara a cara) por otra que es electrónica. [...] La microgestión del tiempo sigue realizándose a paso acelerado, aunque [...] ha pasado del reloj a la pantalla del ordenador. El trabajo está descentralizado desde el punto de vista físico, pero el poder ejercido sobre los trabajadores es más directo. El teletrabajo es la última isla del nuevo régimen (2000, pp. 60-61).

¿Cómo entender si no el sobrecontrol y las rígidas formas de dependencia, perfectamente planificadas y sostenidas por la programación flexible del tiempo de trabajo y sus resortes burocráticos, que hace posibles el progreso

19 prolongado», pueden considerarse una discapacidad, según la Ley sobre Estadounidenses con Discapacidades (ADA).

tecnológico? El tiempo del teletrabajo oculta una estructura vertical, desigual y arbitraria donde los trabajadores controlan la ubicación del trabajo, pero no su proceso real; una suerte de «concentración sin centralización», según la fórmula de Sennett, que se impone de manera intrincada, fuerte y amorfa, ejerciendo toda clase de presiones para cumplir unos objetivos que resultan muchas veces inalcanzables para los trabajadores. Además, la jornada de trabajo se extiende indiscriminadamente, y las preocupaciones laborales nos persiguen incluso en nuestro tiempo libre, llegando a normalizar incluso esa forma de servidumbre que Ivan Illich denominó «trabajo en la sombra» (*shadow work*) (cf. 1981). Las tecnologías de la comunicación hacen posible una disponibilidad total, sin limitaciones de tiempo y espacio. Sin derecho a la vida privada, por tanto. «Lo siento, estoy muy ocupado»: he aquí el mantra del *homo laborans* contemporáneo. El teletrabajo se constituye como una suerte de campo neoliberal de trabajos forzados en la era de la pandemia.³

Con todo, no hay que entender el imperativo del rendimiento eminentemente en términos negativos, coercitivos o «disciplinarios», por expresarlo con la fórmula de Foucault. Siguiendo a Han en *La sociedad del cansancio*, la causa principal de la fatiga preponderante no es tanto un deber como un *poder sin límites*. ¿En qué sentido? Se trata, según el autor coreano, de la «autoexplotación» (voluntaria) del «sujeto de rendimiento» o «empresario de sí», ese individuo-trayectoria emprendedor y competitivo, responsable y flexible, profesional y comunicable. Una clase de trabajador plenamente identificado con su trabajo y en formación permanente, siempre disponible para poner sus habilidades cognitivas y sociales al servicio del capital, resolviendo problemas constantemente; un trabajador, a fin de cuentas, empeñado por superarse en una aventura empresarial y continuamente a la conquista del éxito profesional, saltando de proyecto en proyecto, absorbido por la sed del negocio, en un incesante activismo.⁴ De este modo, el «sujeto de

³ Esta figura de pensamiento puede ser contrastada fehacientemente en la película *Heart Attack (Freelance)*, dirigida por Nawapol Thamrongrattanarit. En palabras del cineasta tailandés, la película se define como «la extraña relación entre el paciente que no puede dejar de trabajar y el médico que quiere que deje de trabajar» (2015).

⁴ Considérese la confluencia existente entre este trabajo desenfrenado y las adicciones (cf. Fernández Montalvo y Echeburúa 1998).

rendimiento» lucha por su esclavitud, por así decirlo, como si fuera su libertad. Asistimos a una ilusión de autonomía en toda regla.

En este orden de ideas, el teletrabajo resulta agotador porque absorbe todas nuestras energías de tiempo, anímicas e intelectuales a la hora de intentar satisfacer las expectativas de producción que nos imponen «desde arriba», por así decirlo, en un contexto de precarización del trabajo sin precedentes, donde se vive sin certezas de ningún tipo, con sueldos negociables cada vez y de forma irregular. De aquí se coliga un modo de vida «líquido» (cf. Bauman 2006), donde se torna imposible hacer planes o tener rutinas, de tal suerte que el futuro asume un significado amenazador; como advierte Marina Garcés, en lugar de preguntarnos «¿hacia dónde?», la pregunta que nos hacemos hoy es más bien «¿hasta cuándo?»:

¿Hasta cuándo tendré empleo? ¿Hasta cuándo viviré con mi pareja? ¿Hasta cuándo habrá pensiones? ¿Hasta cuándo Europa seguirá siendo blanca, laica y rica? ¿Hasta cuándo habrá agua potable? ¿Hasta cuándo creeremos aún en la democracia?... Desde las cuestiones más íntimas hasta las más colectivas, desde lo individual hasta lo planetario, todo se hace y se deshace bajo la sombra de un «hasta cuándo» (Garcés 2019, p. 17).

En efecto, el miedo penetra nuestro mundo de manera implacable, mientras que la vida pivota sobre esa actitud de supervivencia o de alerta permanente que Han denomina «hiperatención», grabada por la inquietud, la agitación y la dispersión. Una «hiperatención» profusamente alimentada, huelga decirlo, por la sobreestimulación semiótica que llevan a cabo las tecnologías de la comunicación. Lejos de ser un cansancio sosegado, proclive al pensamiento meditativo, el cansancio de la «sociedad del rendimiento» es un cansancio violento, en la medida en que agota todos los sentidos, impidiendo la narración y el conocimiento.

El teletrabajo cansa porque carece de rituales y de estructuras temporales fijas, pero también nos agota la ausencia de contacto corporal con los demás, alimentando una comunicación sin comunidad, un hiperindividualismo que amenaza con convertir la sociedad en un desierto paradójico. Y es que, sin ese contacto corporal, las relaciones se vuelven cada vez menos genuinas y más utilitarias, esto es, relaciones que carecen de sentido fuera del trabajo, en

contraste con las relaciones basadas en valores como el amor o la amistad; precisamente, ese tipo de relaciones que permitirían abandonar, si quiera esporádicamente, el imperativo del rendimiento, la constante y salvaje autoexplotación. Por eso, como lamenta Luis Sáez amargamente, «cuando nos experimentamos “ocupados” y “no disponibles” no es porque la variedad de nuestras relaciones con los otros o con el trabajo sean excesivas sino porque, en realidad, carecemos de relación» (Sáez Rueda 2011, p. 87).

Para más escarnio, el trabajo a distancia nos agota también y sobre todo porque las personas que teletrabajan parecen sacar aún más tiempo para explotarse a sí mismas, como bien advierte Slavoj Žižek en su reciente ensayo *Pandemia. La covid-19 estremece al mundo* (cf. 2020). He aquí la máxima fortaleza del «capitalismo de la flexibilidad» incipiente: en contraste con el capitalismo industrial, cimentado sobre la organización científica del trabajo de tayloriana memoria, su poder no consiste tanto en cuantificar como en *cualificar* el tiempo; en palabras de Galán:

Introducir una medida, un ritmo, una resonancia: el tiempo de un proyecto. [...] Te da tiempo, te ofrece la única forma de tiempo de la que puedes disponer. Se trata, pues de tiempo «disponible» y solo así, de ese modo (de cuánto tiempo dispones) también tiempo calculable, mesurable, añadido a la mercancía. Tiempo para pensar, tiempo de conexión, tiempo para realizar tu proyecto. [...] Disponer de tiempo es a la vez la cualidad que lo conforma y el principio de su cuantificación (2008, s/n).

En tal disposición de los términos, el diagnóstico de Han sobre la «sociedad del rendimiento» y el síndrome del «trabajador quemado» (obstinado en autoexplotarse voluntariamente, en una suerte de «alienación de uno mismo», sin coacción externa) nos parece demasiado restringido, pues la creciente opresión experimentada sobre nosotros (esto es, el imperativo del rendimiento) escapa holgadamente al ámbito del trabajo propiamente dicho, atravesando el «mundo de la vida» en su totalidad. No nos pasa desapercibido que la precarización del trabajo ha jugado un papel fundamental para la generalización de ese «sujeto de rendimiento» al que Han se refiere. Más allá de la ideología empresarial, la competitividad exacerbada o el ánimo de lucro, empero, la fatiga del «sujeto de rendimiento» se debe a una suerte de economía del «sí mismo» que se despliega en el «mundo de la vida», con el objeto de

colmar la angustia ante la incertidumbre de la precariedad, junto al vacío identitario relativo a la erosión de los lazos sociales basados en la cercanía, generando una crisis de la gratificación concebida como reconocimiento de uno mismo, que exige necesariamente del otro. Así pues, buscamos compulsivamente aumentar el sentimiento del yo en la vida del mercado y, de este modo, entramos en una competencia funesta con nosotros mismos, pues se trata de una tarea interminable, una «organización del vacío» que impide pensar en cualquier forma de conclusión: es la constante necesidad de autovalorización, el exceso de responsabilidad e iniciativa en forjar nuestro destino, el afán por diferenciarnos de los demás y la conminación a reinventarnos constantemente lo que nos enferma.

Concebida de este modo, la asunción de la lógica neoliberal (productivista y consumidora) en nuestros vínculos sociales y en todos los ámbitos de la existencia favorece una saturación y un agotamiento extremo que poseen, asimismo, acuciantes expresiones patológicas. Nos referimos, por ejemplo, al sentimiento de insuficiencia e inferioridad que condena la propia existencia, o la infravaloración y el reproche de nosotros mismos, asumiendo personalmente las fallas que son inherentes al sistema de dominación que habitamos, de manera que el malestar se privatiza (*cf.* Peran 2017). Enfermedades vinculadas todas ellas a la sobreabundancia o exceso como gran denominador común, el afán de «poderlo todo», la imposibilidad de los límites. Sin embargo, no podemos ignorar que existimos en un cuerpo, y el cuerpo posee límites imborrables. Finalmente, la realidad siempre se impone. La autoexplotación termina desgarrando al sujeto y su organismo. El cuerpo colapsa.

Somos conscientes de que el régimen neoliberal ha generado instancias vitales, expresivas y diferenciantes sumamente innovadoras y productivas, impulsadas y autogobernadas por la lógica económica del «empresario de sí» y de la competitividad exacerbada. Así, el abanico de posibilidades abiertas por el mercado parece concedernos, al menos teóricamente, infinitas posibilidades de realizarnos. Pero también es innegable que cada realización lleva aparejada innumerables fracasos, provocando un sentimiento prácticamente insoportable de malestar generalizado, hasta el punto de llegar a odiarnos por nuestra propia finitud; un nuevo malestar en la cultura, como diría Freud, acelerado y amplificado por la pandemia de covid-19 y por la modalidad de teletrabajo que constituye su corolario. En lugar de la compasión por uno mismo o la ira que

impulsa a cuestionar las causas del malestar y transformar el sistema a nivel político, la frustración, la vergüenza y la culpa de «no-poder-poder-más» con tanta exigencia designan la *Stimmung* fundamental de la «sociedad del rendimiento»; en palabras de Han: «No-poder-poder-más conduce a un destructivo reproche de sí mismo y a la autoagresión» (2012, p. 31).

Efectivamente, el cansancio del agotamiento nos incapacita, es un cansancio de «no poder hacer nada» en una sociedad cuyo lema es que «nada es imposible», porque «si quieres, puedes». Un «cansancio del crear y del poder hacer», por tanto, en detrimento de la libertad fundamental para «vivenciar-y-comportarse», esto es, la experiencia «yo soy el ser que puede (vivir en posibilidades de existencia)», como apostilla la escuela del análisis existencial o psiquiatría fenomenológica: lo patológico en su sentido más radical (cf. May 1967, pp. 64-65). Siguiendo a Galán, en esta tesitura,

no hay hacia dónde ir ni cómo ponerse en marcha. La ansiedad y el vértigo asedian nuestra relación con un mundo intratable. El deseo se retrae y la depresión entra en nuestros corazones como una epidemia virulenta, una patología [...] de cuya amenaza no podemos ya librarnos. Siempre está ahí, al acecho. Esperando el momento en que nos quebreemos (2008, s/n).

Byung-Chul Han se muestra especialmente elocuente a este respecto, cuando advierte en *La sociedad del cansancio* que «el sujeto de rendimiento se encuentra en guerra consigo mismo y el depresivo es el inválido de esta guerra interiorizada. La depresión es la enfermedad de una sociedad que sufre bajo el exceso de positividad» (2012, p. 31). La depresión, se entiende, no ya como melancolía por la falta, sino como sentimiento de vacío y como falta de autoestima. Además de provocar una gran sensación de futilidad, materializada en los discursos de la queja (cuando no desemboca en una ilusoria huida hacia delante a través del consumo adictivo de psicotrópicos y fármacos que edulcoran los golpes de la vida, mejoran el estado de ánimo y ayudan a mantener el cuerpo artificialmente activo, favoreciendo su hiperactividad infinita),⁵ el gobierno de uno mismo, la superinversión prometeica y la

⁵ He aquí uno de los máximos exponentes del hiperindividualismo contemporáneo: la «sociedad de rendimiento» es también una «sociedad de dopaje»; en la medida en que los seres humanos se constituyen como «máquinas de rendimiento» que no tienen permitido detenerse ni estropearse,

agudización de la hiperactividad (*multitasking*) terminan generando, paradójicamente, abulia personal, falta de voluntad e hiperpasividad, en una suerte de «actitud protectora de retracción que permite sobrevivir al sujeto cuando este ya no dispone de la facultad de luchar» (Widlöcher 1995, p. 235). Como el decadente de Nietzsche, el deprimido siente que todo es *en vano*. La depresión expresa la impotencia misma de vivir en tiempos pandémicos.

Conflicto de intereses: El autor declara que no tiene ningún posible conflicto de intereses. **Aprobación del comité de ética y consentimiento informado:** No es aplicable a este estudio. **Contribución de cada autor:** B.G.F. es el único autor de este artículo. Ha leído y aprobado el manuscrito final. **Contacto:** Para consultas sobre este artículo debe dirigirse a: (✉) borja_co@hotmail.com.

Referencias

- Bauman, Zygmunt (2006). *Vida líquida*. Buenos Aires: Paidós.
- Castro Orellana, Rodrigo (2020). «El retorno de la perplejidad. La pandemia como piedra de toque». En: *Pandemia. Ideas en la encrucijada*, editado por José Luis Villacañas Berlanga y otros. Madrid: Malpaso/Biblioteca Nueva, pp. 97-124.
- Confederación SALUD MENTAL ESPAÑA (2021). «Salud mental y COVID-19. Un año de pandemia». Madrid: Confederación Salud Mental España. Recuperado de: <https://www.consaludmental.org/publicaciones/Salud-mental-covid-aniversario-pandemia.pdf>.
- Fernández Montalvo, Javier, y Echeburúa, Enrique (1998). «Laborodependencia: cuando el trabajo se convierte en adicción», *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 3, 2, pp. 103-120.
- Foucault, Michel (2011). *El gobierno de sí y de los otros (1982-1983). Curso del Collège de France*. Madrid: Akal.
- Galán, Wenceslao (2008). «La infosfera y las nuevas patologías. Lectura *La Fábrica de la Infelicidad*, de Franco Berardi (Bifo), *Traficantes de Sueños*, 2002». *Espai en Blanc*, 3-4. Recuperado de: <http://espaienblanc.net/?cat=10&post=1756>.
- Garcés, Marina (2019). «Condición póstuma, o el tiempo del “todo se acaba”», *Nueva Sociedad*, 287, pp. 16-27.
- Han, Byung-Chul (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Illich, Ivan (1981). *Shadow Work*. New Hampshire: Marion Boyars.
- May, Rollo (1967). «Contribuciones de la Psicoterapia existencial». En: *Existencia. Nueva dimensión en psiquiatría*, editado por Rollo May y otros. Madrid: Gredos, pp. 58-122.
- Peran, Martí (2017). «Fatiga». En: *Politizaciones del malestar*, editado por Nora Ancarola, Laila Manonelles y Daniel Gasol. Barcelona: Rayo Verde Editorial.
- Sáez Rueda, Luis (2011). «Enfermedades de Occidente. Enfermedades actuales del vacío desde el nexo entre filosofía y psicopatología». En: *Occidente enfermo. Filosofía y Patologías de Civilización*, editado por Luis Sáez Rueda y otros. München: Grin, pp. 71-92.

el dopaje resulta una herramienta fundamental para maximizarlo. Sirva como botón de muestra el uso masivo de medicamentos como *Ritalin*, *Prozac* o *Zoloft*, para usufructo de la industria farmacéutica o «farmacotecnia», por no hablar del consumo compulsivo de alcohol y drogas. El sufrimiento psíquico de la población se convierte en una mera mercancía.

Sennett, Richard (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Thamrongrattanarit, Nawapol (2015). *Heart Attack*. Recuperado de: <http://nawapolnawapol.com/index.php/post/work/heart-attack-working-title>.

Widlöcher, Daniel (1995). *Les Logiques de la dépression*. Paris: Fayard.

Žižek, Slavoj (2020). *Pandemia. La covid-19 estremece al mundo*. Barcelona: Anagrama.

Información sobre el autor

► **Borja García Ferrer** es investigador y docente en el Departamento de Filosofía y Sociedad de la Universidad Complutense de Madrid, España. Doctor en Filosofía por la Universidad de Granada, España. Su trabajo se centra en la filosofía contemporánea, la ontología política, la sociología crítica, la psicopatología y la estética. Es autor de *Baltasar Gracián: filósofo de la vida humana* (Guillermo Escolar: Madrid, 2023). **Contacto:** Facultad de Filosofía, Universidad Complutense de Madrid, Plaza Menéndez Pelayo, s/n, Código Postal 28040, Madrid, España. — (✉): borja_co@hotmail.com. — iD <http://orcid.org/0000-0001-6585-4857>.

Como citar este artículo

García Ferrer, Borja (2022). «Pandemia y cansancio en la sociedad neoliberal del rendimiento». *Analysis* 35, no. 5: pp. 1–10.